

Celebrando el 'sueño español'

Madrid acoge las Noches del Ramadán y un festival iberoamericano

JAVIER VALENZUELA

En la segunda mitad del siglo XX, Nueva York fue la metrópoli más atractiva del planeta, desplazando a París y Londres. Hoy, quienes sostienen que Shanghai está destruyendo a Gotham subrayan el vigor económico de la ciudad china y el hecho de que su *skyline* —el perfil dibujado por sus rascacielos— corresponde mucho más al siglo XXI que el neoyorquino, desmochado además por el brutal derribo de las Torres Gemelas. El asunto puede discutirse, pero hay algo crucial que le sigue faltando a Shanghai con relación a Nueva York: libertad y multiculturalidad.

Una de las cosas más divertidas de Nueva York es la continua celebración de festivales callejeros de sus comunidades culturales: el Saint Patrick's Day de los irlandeses, el Año Nuevo de los chinos, la Semana del afroamericano Harlem, la fiesta de San Gennaro en Little Italy, el Columbus Day de los latinos... En realidad es algo más que divertido, es la expresión del alma de una ciudad que sigue haciendo honor a la divisa inicial estadounidense, ese laico y federal *E pluribus unum* (Uno hecho de varios) evocado el lunes en este periódico por Andrés Ortega.

Los especialistas en los asuntos de Bruselas suelen hablar de la necesidad de una Europa a varias velocidades; pues bien, quizá deberíamos empezar a hablar de la realidad de una España a varias velocidades. Hay una España, la de los



Casa de América.

En Estados Unidos se usa la fórmula positiva del 'American dream'; en España, muchos prefieren la peyorativa del 'efecto llamada'

nacionalismos varios, muy tenaz (Peridis lo describe con su ya célebre *raca-raca*) y muy ruidosa (el llanto y crujir de dientes de las sempiternas querellas identitarias y simbólicas). Sobre las últimas ocurrencias de las viejas tribus de la piel de toro (quiero celebrar un referéndum; en mi radio sólo se habla catalán; banderita, tú eres roja, banderita, tú eres gualda...) encontrarán en estas páginas análisis inteligentes. Pero también

otra España, de pocos años de edad, que tiene nuevos acentos, colores de piel, creencias religiosas, maneras de vivir y de expresar el amor, gustos musicales y culinarios y otras muchas cosas añadidas a la secular diversidad patria. Es la España alumbrada por los varios millones de extranjeros instalados aquí en busca de trabajo o de ocio, y en todo caso, de libertad.

La próxima semana, la segunda de octubre, coinciden venturosamente en Madrid dos festivales que celebran al modo neoyorquino esta nueva España. Organizadas por la Casa Árabe, se celebrarán en Lavapiés las Noches de Ramadán. Entre otras actividades, músicos de Argelia, Sudán, Irak y Marruecos llevarán a un parque del castizo barrio madrileño el ambiente de verbena popular que, al caer el sol, se respira en las ciudades musulmanas al final del mes de ayuno. Es una nueva prueba del modo ejemplar —nada de progromos, guerras exteriores o recorreo interior de las libertades— con el que la inmensa mayoría de los españoles ha respondido a los atentados yihadistas del 11-M.

No es ésta la única primicia: una institución pariente de la anterior, la Casa de América, comenzó el pasado viernes el festival VivAmérica, cuyo momento culminante será el desfile de carrozas, grupos musicales y asociaciones de inmigrantes que en la tarde del 12 de octubre convertirá la Castellana en un espacio lúdico de encuentro iberoamericano. Ya era hora de que le saliera un competidor europeo a la tradicional parada de ese mismo día en la Quinta Avenida..., y qué mejor lugar para ello que Madrid, la ciudad que verdaderamente nunca duerme.

Desde finales del siglo XIX, la permanente aportación de sangre fresca —irlandesa, italiana, polaca, china, judía, latina, india, paquistaní, rusa...— constituye una de las razones del poderío norteamericano. A partir de ello, los estadounidenses han construido lo que el profesor Ignacio Sánchez-Cuenca llamaría un discurso ganador, el llamado *American dream* (el sueño americano), y lo han convertido en una imagen de marca colectiva. Pero en España no, faltaría más; en España, los muchos políticos y periodistas que siguen instalados en nuestro rancio pesimismo histórico hablan con temor y escándalo de lo que denominan peyorativamente el *efecto llamada*. Y poca gente osa formular un discurso positivo sobre el *Spanish dream* (el sueño español).

Bien gestionada, la nueva diversidad que se ha sumado a la vieja diversidad española es un gran activo para nuestro país. A partir de los éxitos y fracasos de otros modelos de integración como el anglosajón y el francés, aquí podríamos construir una multiculturalidad no de guetos donde rija la ley de cada cual, sino de diversidad unida por la libertad, la igualdad y el derecho. Quizá es lo que está ocurriendo en la práctica sin que nadie lo teorice.

Respecto a los dos festivales, el musulmán y el iberoamericano, que se celebran en Madrid hay una buena noticia adicional. Ambos están promovidos conjuntamente por el Gobierno de España, la Comunidad de Madrid y el Ayuntamiento de la ciudad. Nunca mejor dicho, la suma de todos.



La niña Shaima Sadani.

da teme al velo por miedo a que "la cultura propia pierda su identidad", y el popular Daniel Sirera se muestra contrario al velo porque hay que proteger "las tradiciones y culturas propias". A esto se le llama ver la paja multiculturalista en el ojo ajeno y no darse cuenta de la viga que está dejando sin visión al propio. La crítica al multiculturalismo debería empezar por uno mismo. Porque si rechazamos que las tradiciones y los hábitos culturales puedan imponerse a las leyes y las reglas del juego de la sociedad, este criterio debe valer

para todos nosotros. No sólo para los otros.

Precisamente, la máquina multicultural de la fragmentación se pone en marcha cuando un grupo, mayoritario o no, en vez de buscar un marco legal compartido de cumplimiento obligatorio pretende imponer sus verdades y obligaciones a los demás, sin reconocerles derecho alguno. Lo decía el capón a la gallina en un diálogo de Voltaire: "Los humanos no tienen ningún remordimiento de hacer las cosas que tienen costumbre de hacer". La sombra del velo es alargada.

AGENDA GLOBAL.

Dos libros para la economía española. Por Emilio Ontiveros



Capitalismo bueno, capitalismo malo

MODERNIZAR UNA ECONOMÍA equivale a sentar las bases para que en la misma emerjan posibilidades de innovación o de eficiente asimilación de las generadas en otras economías. La innovación es uno de los más importantes exponentes de la productividad total de los factores; éste es uno de los fundamentos del crecimiento de la productividad del trabajo y, en definitiva, del PIB por habitante: de la prosperidad en su acepción más completa.

Los vehículos que hacen posible que en una economía florezca la innovación son los empresarios, los emprendedores: contestadores de lo establecido, propiciadores de las discontinuidades que tienen lugar en la forma en que crecen las economías. Son, efectivamente, los agentes de la innovación y de la dinámica de destrucción creativa, de la que empezó a hablar Joseph Schumpeter en 1942, ya sea a través de la creación de un nuevo producto, un nuevo servicio o de nuevas formas de hacer las cosas.

La destrucción creativa era el rasgo esencial del capitalismo, cuyo estudio acabó convirtiéndose en la gran obsesión de Schumpeter, como nos ilustra la reciente biografía de Thomas K. McCraw, *Prophet of Innovation* (Harvard University Press, 2007). Esa dimensión regeneradora del sistema, "un capitalismo estabilizado es una contradicción en sus términos", es la que emerge de su concepción del empresario emprendedor como pivote sobre el que giran las principales transformaciones económicas. Son ellos los que articulan la modalidad de capitalismo que asegura un mejor crecimiento:

la consecución de una mayor renta *per cápita*, según la taxonomía en la que se basa el último libro de William Baumol, escrito junto a Robert E. Litan y Carl J. Schramm, *Good Capitalism, Bad Capitalism, and the Economics of Growth and Prosperity* (Yale University Press, 2007). El capitalismo emprendedor se presenta diferenciado claramente de esas otras tres categorías que completan la taxonomía: capitalismo oligárquico, en el que la propiedad exhibe un elevado grado de concentración; capitalismo estatal, en el que los Estados son los principales orientadores de la actividad económica, y capitalismo burocrático, dominado por grandes empresas, donde encajarían algunas economías de Europa occidental y Japón. La relevancia de esas categorías no radica sólo en su facilidad descriptiva, sino en sus consecuencias normativas. Sólo la primera sería, efectivamente, la representativa del capitalismo bueno, como el colesterol. La identificación en la realidad de modelos tales en su formulación más estricta no es fácil, pero sí lo es encontrar combinaciones mejores que otras, como aquellas economías en las que, contando con grandes empresas, existe el oxígeno competitivo suficiente para que emerjan nuevas. Son éstas las responsables de la mayoría de las innovaciones y, en no pocas economías, de la mayor creación de empleo y aumentos de la productividad del trabajo.

Bases tales son las que subyacen en la preferencia de algunos gobiernos y agencias multilaterales por el fomento de la capacidad para emprender, eliminando obstáculos para asignar talentos a la creación de empresas innovadoras. No se trata tanto de fomentar a ultranza la natalidad empresarial, independientemente de su propósito, sino de favorecer la asunción de riesgos en proyectos regeneradores: de crear climas propicios a la asignación de talentos a esa función emprendedora. Reducir barreras de entrada y no estimular a los buscadores de rentas son acciones claras al respecto. Del éxito que las sociedades consiguen en la generación de esos incentivos depende, con bastante independencia de los avatares cíclicos, que unos países garanticen que sus economías no son sólo grandes, sino también prósperas, gracias a la facilidad para desplazarse hacia la frontera de la innovación, hacia la modernización, en definitiva. Los dos libros no serían malos acompañantes para aquellos que en estos días tienen la responsabilidad de elaborar propuestas tendentes a la modernización de la economía española; éste será, con toda seguridad, uno de los enunciados más frecuentes de los programas económicos de los partidos políticos. Modernizar la economía española, sin menoscabo de la necesaria aceleración del ya explícito fortalecimiento de las dotaciones de capital humano y tecnológico, equivale también a desplazarla hacia un capitalismo más emprendedor.

Los vehículos que hacen posible que en una economía florezca la innovación son los empresarios, los emprendedores